

INTRODUCCIÓN

Introduction

Juan Antonio QUIRÓS CASTILLO

Depto. de Geografía, Prehistoria y Arqueología. Campus de Álava. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. C/ Tomás y Valiente, s/n. E-01006 VITORIA-GASTEIZ. C. e.: quiros.castillo@ehu.es

La Historia Social de la Alta Edad Media ha conocido en los últimos decenios una profunda renovación en toda Europa como resultado de la concurrencia de una serie de factores. El incremento exponencial de las excavaciones arqueológicas, la disponibilidad de nuevas ediciones documentales, la implementación de las Humanidades Digitales y la creciente integración entre distintos registros y disciplinas han permitido desterrar para siempre el cliché de la «edad oscura» y desarrollar nuevas metodologías de estudio. Por otro lado, las grandes narrativas dominantes en el siglo pasado, centradas en asuntos como la «revolución feudal» o la contraposición estructural entre guerreros y campesinos, han sido reemplazadas por narrativas mucho más matizadas y diversificadas en torno a ejes como la historia social del poder, la «nueva historia cultural», las transformaciones de las geografías y las territorialidades o los análisis microhistóricos, aproximaciones antropológicas e historia de género. Pero, sobre todo, lo que ha cambiado hemos sido nosotros y la forma en que nos representamos a través de los relatos sobre el pasado. La atención creciente al cambio climático, la crisis ecológica, las migraciones, la desigualdad social o la importancia del estado y las comunidades locales para hacer frente a emergencias como la del COVID-19 son factores que, sin duda, han determinado un cambio radical de las perspectivas teóricas y de las agendas de investigación. Temáticas como la historia de los paisajes y de las prácticas agrarias, las bases del poder de los estados, el ejercicio de la justicia, las formas de desigualdad, las sociedades locales, las comunidades políticas de base identitaria, los bienes comunes y, en particular, el estudio de las élites y los poderosos, han conocido un impulso muy notable. En cambio, otras parcelas que habían sido relevantes en el pasado han quedado relegadas a un segundo plano o, al menos, no han conocido una renovación tan profunda. Este es el caso de los grupos subalternos en general, y de las sociedades campesinas en particular.

En las narrativas del último tercio del siglo pasado el campesinado había tenido un notable protagonismo como contraparte necesaria para explicar, entre otros fenómenos, la simplificación de la cultura material y la economía postromana, la creación de las relaciones de dominación que llevaron a la feudalización o la articulación en la escala local

de los estados andalusíes de base fiscal. Sin embargo, las fuentes disponibles entonces y su tratamiento no siempre habían logrado definir los contornos y las características de este grupo social. Esta situación ha cambiado en la actualidad, toda vez que el giro hermenéutico ha estimulado una nueva ontología de las fuentes escritas, la arqueología del campesinado ha proporcionado un importante volumen de registros y la adopción de enfoques antropológicos ha enriquecido notablemente la Historia Social de la Alta Edad Media. De hecho, el estudio del campesinado y de las comunidades rurales ha conocido un importante impulso en los últimos años. Pero paradójicamente el bajo nivel de caracterización teórica de las sociedades campesinas altomedievales frente a la nitidez con la que se han analizado los *potentes* es un factor que ha determinado su escaso desarrollo historiográfico.

Los medievalistas son conscientes desde hace tiempo de que las sociedades campesinas no son tan homogéneas ni tan simples como dejan traslucir los estereotipos transmitidos por los textos. Pero resulta particularmente difícil analizar su diversidad y clarificar los distintos niveles socioeconómicos internos debido a la naturaleza de los registros disponibles y al aparato conceptual con los que se interrogan. La noción misma de campesinado implica una dependencia estructural respecto a las sociedades envolventes y, en consecuencia, los labradores han sido generalmente representados como grupos sociales pasivos, reactivos únicamente a las pulsiones externas. Y sin embargo existe un creciente consenso a la hora de aceptar que, incluso en las sociedades más señoralizadas, los grupos subalternos siempre contaron con ciertos márgenes de «autonomía», en particular en lo que se refiere a la gestión de las prácticas agrarias. Dicho en otros términos, la notable diversidad de los focos de poder, la fluidez de las relaciones sociopolíticas y la alta fragmentación de las formas de dominio propias de la Alta Edad Media explican por qué los grupos subalternos siempre contaron con resquicios y espacios de acción social que, con frecuencia, solo comportaron la naturalización de las relaciones de dominio.

Este dossier se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación del Plan Nacional titulado *Agencia campesina y complejidad sociopolítica en el noroeste de la Península Ibérica en época medieval* (HAR2016-76094-C4-2-R) que tiene como fin precisamente explorar, en términos comparativos, en qué consiste esta «autonomía relativa» del campesinado en términos de acción social a través de la noción de agencia. ¿De qué márgenes de acción contaban las sociedades campesinas y a través de qué prácticas se articulaban?; ¿se limitaban al ámbito productivo o alcanzaban otros aspectos de la vida social?; ¿hay diferencias sustanciales en términos cronológicos y geográficos en el contexto europeo? Si el campesinado no puede ser reducido a un grupo subalterno en términos absolutos, ¿cómo reconceptualizamos las dinámicas sociales de la Alta Edad Media frente a los predominantes discursos binarios?

Los cinco trabajos que componen este monográfico ofrecen respuestas a algunos de estos interrogantes desde una diversidad de perspectivas teóricas, metodológicas y analíticas: tres de los trabajos analizan sociedades del área carolingia, y otros dos su periferia; la mayor parte de los artículos combinan los registros materiales con los documentales, aunque de manera muy desigual; todos ellos muestran que la capacidad de agencia del campesinado no se limitó a los aspectos productivos, sino que se extendió a un amplio

espectro de posibilidades. De forma implícita, la totalidad de los textos proporcionan claves originales para teorizar desde nuevas perspectivas las sociedades altomedievales.

Una primera línea de fuerza que compone este dossier es que las sociedades rurales altomedievales han sido mucho más complejas, diversificadas y articuladas de lo que hemos supuesto hasta la fecha. Y no solo porque los estudios más recientes hayan logrado visibilizar mejor las élites locales, su escala de acción y los mecanismos de acción sociopolítica empleados. El artículo de Hana Lewis recoge los resultados de su reciente tesis doctoral centrada en el estudio de las jerarquías de los asentamientos altomedievales en la Inglaterra Anglosajona. A través del análisis de 45 excavaciones de poblados rurales la autora señala que la aparente homogeneidad de las ocupaciones rurales muestra que las jerarquías internas no se materializan a través de los registros domésticos más evidentes. Sin embargo, un análisis comparativo de la cultura material, de las actividades productivas, las pautas de consumo y las redes de intercambio local, regional y extraregional de la que participan estos asentamientos en los siglos v-xi proporciona un cuadro mucho más articulado. El grado de conectividad de estas comunidades, especialmente en los períodos más antiguos, era muy elevado, y la diversidad de funciones y actividades que se desarrollaban en estos asentamientos sugiere la existencia de importantes diferencias sociales entre y en el seno de las comunidades rurales. Como consecuencia de ello es preciso reexaminar las jerarquías sociales y su materialización a través de los lugares de ocupación.

En realidad, el análisis de las formas de poblamiento y de ocupación de los paisajes medievales con el fin de inferir relaciones sociales cuenta con una larga tradición de estudios. Pero también en este caso el carácter teleológico de narrativas como el nacimiento de la aldea o la oposición binaria entre campesinos y señores ha terminado por mediatizar y limitar la capacidad heurística de esta línea de investigación. El trabajo de Rainer Schreg supera estos condicionantes adoptando una perspectiva ecológica y valorizando la agencia colectiva de los grupos subalternos. A través del análisis de cuatro grandes temas (la movilidad de los asentamientos altomedievales, la formación de las aldeas y de los openfield, la colonización de los espacios periféricos y la crisis bajomedieval) el autor muestra la importancia de la agencia colectiva del campesinado en la modelización de los paisajes rurales. Además, su capacidad de agencia no se limita al ámbito estrictamente productivo y a las prácticas de subsistencia, sino que interesa también la esfera social y la dimensión medioambiental. Otra observación importante de carácter metodológico que se apunta en este trabajo es que la legibilidad de los subalternos está muy penalizada por los procesos formativos y las condiciones de preservación tanto de los registros materiales como de los textuales.

Pero, incluso allí donde se preservan ricas colecciones documentales como testimonio de la existencia de señorías fuertes, siempre hubo espacio para la acción del campesinado. Nicholas Schroeder es rotundo a la hora de analizar la Lotaringia en el siglo x: el control aristocrático en el área carolingia no fue permanente ni intensivo, por lo que el campesinado contaba con un cierto grado de auto-organización en la planificación de los paisajes agrarios, la aceptación de determinados riesgos para poder comercializar su producción, la adopción de formas colectivas de gestión territorial y, en definitiva, para muchas actividades del día a día. Bien porque los poderosos no estaban interesados en

intervenir en la gestión diaria, bien porque no contaban con los medios e instrumentos adecuados. Esto no quiere decir que no se produjesen tensiones y conflictos, pero, a diferencia de la Baja Edad Media, no parece que en las sociedades locales altomedievales hubiese muchas revueltas. La negociación, el recurso a estrategias de desobediencia y resistencia de perfil bajo o incluso los sobornos forman parte de la batería de estrategias desarrolladas por los miembros de estas comunidades rurales para mantener y ensanchar sus horizontes políticos.

De hecho, si bien la noción de campesinado manejada por la antropología política se funda principalmente en un rasgo de carácter económico (productores directos de tierras propias o ajenas), el dossier muestra que algunos de los escenarios que proporcionaban mayores márgenes de acción al campesinado no eran los estrictamente productivos, sino toda una serie de prácticas sociales que se redefinían en función de sus propios intereses. En particular, Thomas Kohl toma en consideración las formas de interacción del campesinado con las fuerzas sobrenaturales con el fin de mostrar los resquicios que se abrían al campesinado a través de las relaciones que establecían con los lugares de culto. La elección de la iglesia a la que acudir, de los santos a los que venerar o de las redes de patronazgo a las que someterse tenían importantes implicaciones en los equilibrios sociales, especialmente en aquellas zonas dotadas de densas redes de iglesias locales y caracterizadas por sólidas formas de dominio señorial. En particular, el autor sugiere que la entrega voluntaria a una iglesia y al culto de un santo podía llegar a constituir un mecanismo de movilidad social, sustrayéndose de otras formas de dominio peores y permitiendo un cambio de estatus. Dicho en otras palabras, los mecanismos de la acción social del campesinado podían ser muy sutiles ya que no buscaban un enfrentamiento directo contra el orden establecido, sino más bien una participación proactiva y consciente en los mecanismos de legitimación. De la misma manera que hacían las élites intermedias y las aristocracias cuando fundaban las iglesias propias.

En la periferia del mundo carolingio las cosas podían ir incluso más lejos y, tal como muestro en el último trabajo del dossier, el campesinado promovió la construcción de un importante número de iglesias locales, la mayor parte de ellas de carácter funerario. El estudio comparado de dos regiones del norte de la Península Ibérica, Asturias y el País Vasco, ha mostrado una notable diversidad de soluciones arquitectónicas y de estrategias sociales articuladas en torno a estas iglesias locales. Las iglesias promovidas por el campesinado no solo no tenían que ser simples, primitivas y realizarse con materiales pobres, sino que en ocasiones eran indistinguibles de otras fundaciones realizadas por condes, obispos y aristócratas de distinto nivel. En tanto que artefactos multifuncionales, algunas iglesias eran instrumentos de cohesión de las identidades locales y repositorios de la memoria social de las comunidades, de tal manera que apenas se diferenciaban del caserío circundante, en otras ocasiones eran mecanismos de conmemoración de la memoria de los ancestros, por lo que la monumentalización de los templos fue un mecanismo de reforzamiento del orden social. En otros lugares las iglesias constituían instrumentos de distinción y de participación política de las élites locales, adoptando lenguajes arquitectónicos inspirados en las arquitecturas regias. En definitiva, son las situaciones locales las que determinan qué se considera como aceptable a la hora de erigir un centro de culto.

El campesinado, de forma colectiva o individual, era una fuente de poder a la hora de modelizar los paisajes sociales y los mecanismos de participación política en la escala local y supralocal.

En definitiva, en las sociedades rurales altomedievales se anidaban múltiples agencias y mecanismos de poder que desbordan las clásicas nociones de dominación y resistencia o los enfoques teleológicos y finalistas destinados a mostrar la formación del feudalismo. En la Alta Edad Media los grupos subalternos encontraron espacios para llevar a cabo micropolíticas que se declinaron en forma de solidaridades, desobediencias y participación en mecanismos de legitimación, aunque la escala de estas acciones estuviese muy condicionada por las características de los sistemas envolventes. En el área carolingia los resquicios de la «autonomía» campesina eran más limitados que en las periferias analizadas en este dossier. Pero, teniendo en cuenta la difícil visibilidad de estas prácticas y la relevancia de estas micropolíticas de baja intensidad, hay que preguntarse hasta qué punto el campesinado tenga que ser considerado en todas las sociedades locales europeas un grupo subalterno en el sentido gramsciano. En consecuencia, este dossier es una invitación para adoptar marcos teóricos más sólidos y densos de los que normalmente se manejan a la hora de conceptualizar las sociedades altomedievales en su conjunto.